

Unos días
en Amorgós

Mar Egeo

Amorgós



Mar Mediterráneo

Pireo, junio 2011.

En la mesa se fuma y se conversa bajo ese timbre de voz que magnifica y desprecia al mismo tiempo. Ese timbre cavernoso y espetado de esos restallantes a las que solamente las italianas pueden desafiar a una pulseada. Esas eses han de ser primas por la facha, y es claro que se siguen viendo con frecuencia. El mar sabe de esas cosas.

Hay gente morena y muy blanca.

Se ha dado en llamarla gente mediterránea. Tal vez signifique tener rasgos delicados y curvos, contagiados por aquellos que me parecen más rudos, venidos del oriente; un tono en la piel donde el rosado quiere ceder a una morenidad encendida, unos huesos fuertes, y un encanto infantil en los ademanes vastamente confianzudos. Aquí hay cero de etiqueta.

Gente mediterránea que habla casi a los gritos, y con una efusión que debería poner en riesgo su salud. Gente que, encima, fuma mucho más que en otros lugares, y que se muestra asombrada por los hechos.

Asombrada de verdad, aunque no falte algo de voluntario en la actitud.

Hay que estar alegre porque... hay que estar alegre.

La gente come igual que habla, con cierto desprecio por el bocado. Como diciendo: "Tú no vales tanto"; o: "como ven, nada vale tanto como para preocuparse mucho".

El mar es extraordinariamente azul, pero no del acero del Pacífico en Chile, sino de un azul translúcido, plácido, entibiado y anciano. Un azul con la misma voluntad de acompañar que la de un buen amigo.

La gente fuma mucho y habla fuerte, es muy vital, tal vez para compartir el cigarrillo y los deseos con el azul del mar afable como un lindo viejo.



Amorgos.

Me caí de la moto venía de visitar Chora y Panaghia Chozoviotissa, el monasterio de las tres playas donde se filmó “Azul profundo”, con aquél primer Jean Reno al que le cuesta tanto envejecer. A Joanna le gustará saber esto porque había una homónima en la película...y porque había mucha agua.



Chora



Chora



Chora

El monasterio se despliega en la ladera que cae a pique, como si fuera una lapa blanca. Apunta desde buena altura hacia el “azul profundo”, pero no por la hondura en metros sino por su potencia transparente y cierta.

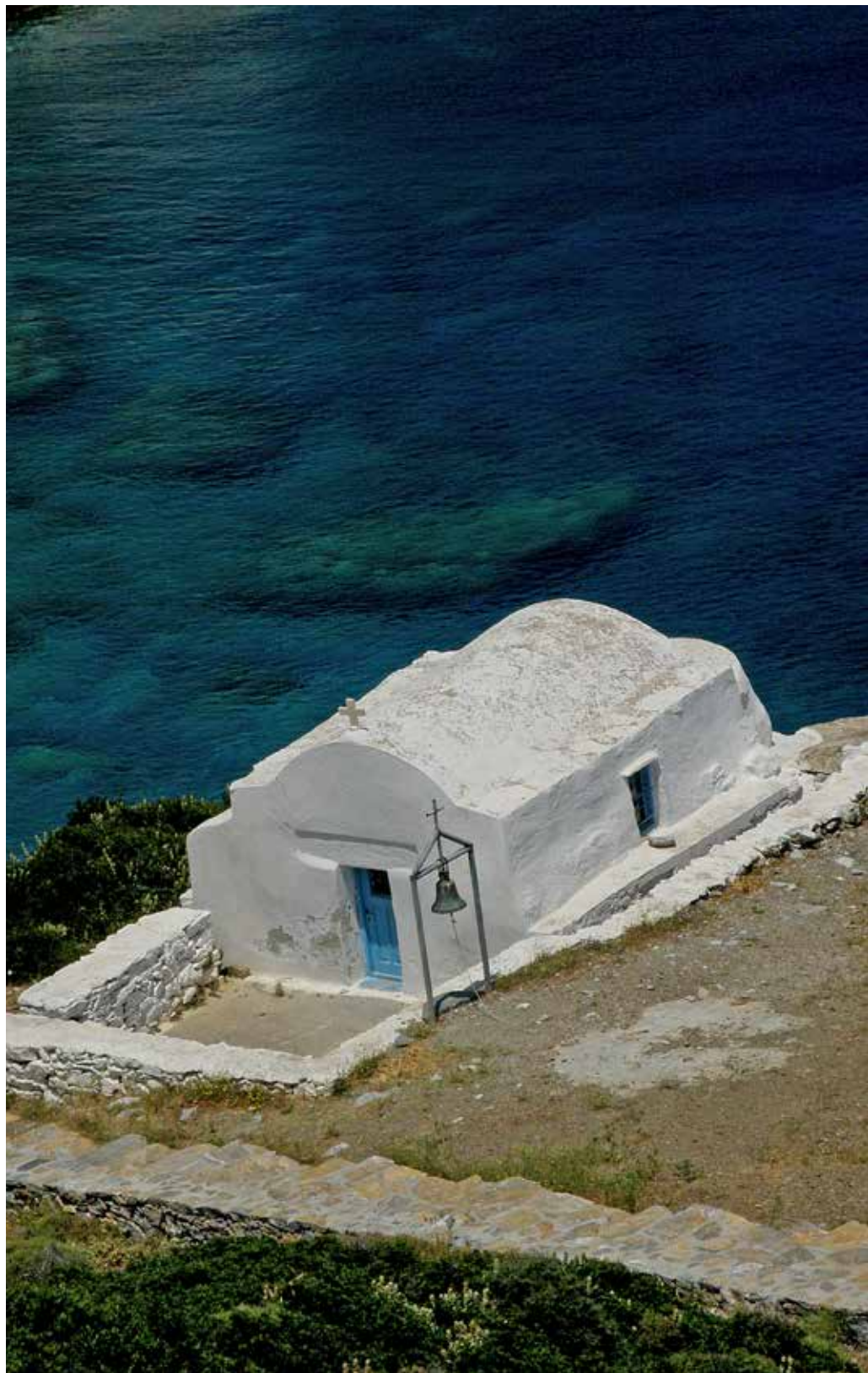
Abajo hay tres playas donde se hizo el filme. Son mínimas, muy amables, y en este mar ha de ser difícil ahogarse. Así de excelente parece su relación con la raza humana, casi como la de un perro. Eso sugiere en las costas, con pocas olas, con su fondo patinado de azul y una cierta desidia hedonista que remite a los griegos en el ágora.



Panaghia Chozoviotissa



Panaghia Chozoviotissa



Estuve también en Katapolas, donde comí un zucchini con feta y me dediqué a escuchar la cadencia contenida y minimalista del francés a manos de un grupo de gente adulta, (mayor diría, pero me cuesta el término cuando lo comparo con el tiempo que tengo transcurrido por estos lugares de dios) en contraposición al basto griego de esos pesadas, vocales excesivas, y vos gruesa y tonante.

La mujer que atendía era una de esas señoras un poco entrada en carnes, pero bellísima otrora (con seguridad), que ensayaba con los franceses una delicadeza que parecía genuina. Tenía esa pinta que otorga una hermosura ruda y honda a la vez, al modo de María Callas (ella, la mujer del restaurant, se sentiría halagada, pero es la verdad).

Me caí de la moto y estuve un buen tiempo boleado (igualito que los ñandúes), tanto que me metieron en un dispensario, donde no había nada me parece, a lo sumo algún práctico...no sé si de medicina o de marinería, pero es más o menos lo mismo. Después me subieron a la ambulancia y me llevaron a Chora desde donde me querían trasladar a Naxos en helicóptero, o algo así. Cuando recuperé la cordura, porque es verdad que estuve un poco loco debatiéndome en una salsa hirviente de déjà vú, anacronismos, danzas oníricas y túnel del tiempo, firmé un papel haciéndome responsable de mi salud o futura partida, sin el cual ahora estaría en vaya a saber dónde, entre griegos dispuestos y excesivos.

Tengo unas cuantas escoriaciones y una costilla quebrada (for sure) pero no desplazada (diagnóstico fatto in casa) que me duele y no me deja darme vuelta en la cama, pero lo iremos manejando. Por lo pronto me dedicaré a esperar que sanen las heridas y a recordarme cuán frágiles somos los seres humanos, y la poca pericia de la soledad para afrontar estas cuestiones. Ah, espero que no se me caiga el incisivo derecho que se encargó del beso que le di al asfalto.

La moto quedó más o menos como yo, pero no me dijo nada cuando la fui a devolver al lugar donde la había rentado. Me parece que le di pena, ella está entre los suyos y acostumbrada, como los médicos a ver pacientes, a las burradas de los motoqueros. Aunque esta se veía nueva. En todo caso tendrá que ir acostumbrándose a un futuro de trato fortuito y superfluo...pobre bicho.

La gente de Aegialis es muy amable, de hablar pausado, lejos del barullo de aquella mesa del Pireo. Será fruto del gran silencio, del clima plácido, y de la vida de la comunidad chica. Eso sí, como en toda comunidad chica donde no suceden demasiadas cosas, les dijeron que mi accidente había sido tremendo, que me trasladaban a otra isla para los primeros auxilios y porque había perdido el tino (en verdad lo perdí bastante). Es cierto que me llevaron todo el equipaje a Chora para mi futuro viaje en helicóptero (suena griego ¿verdad? Alicóópterooshhh) a no sé dónde. Pero, como se sabe, renuncié a semejante parafernalia. Creo no haberme equivocado. Repito: creo.

Los chuchos de frío y calor durante la noche me hicieron dudar, pero aquí estamos, escribiendo unas memorias (ayer no me acordaba de nada) recientes y espero que interesantes y amenas a pesar de la costilla y las otras ...bueh escoriaciones.



Aegiali



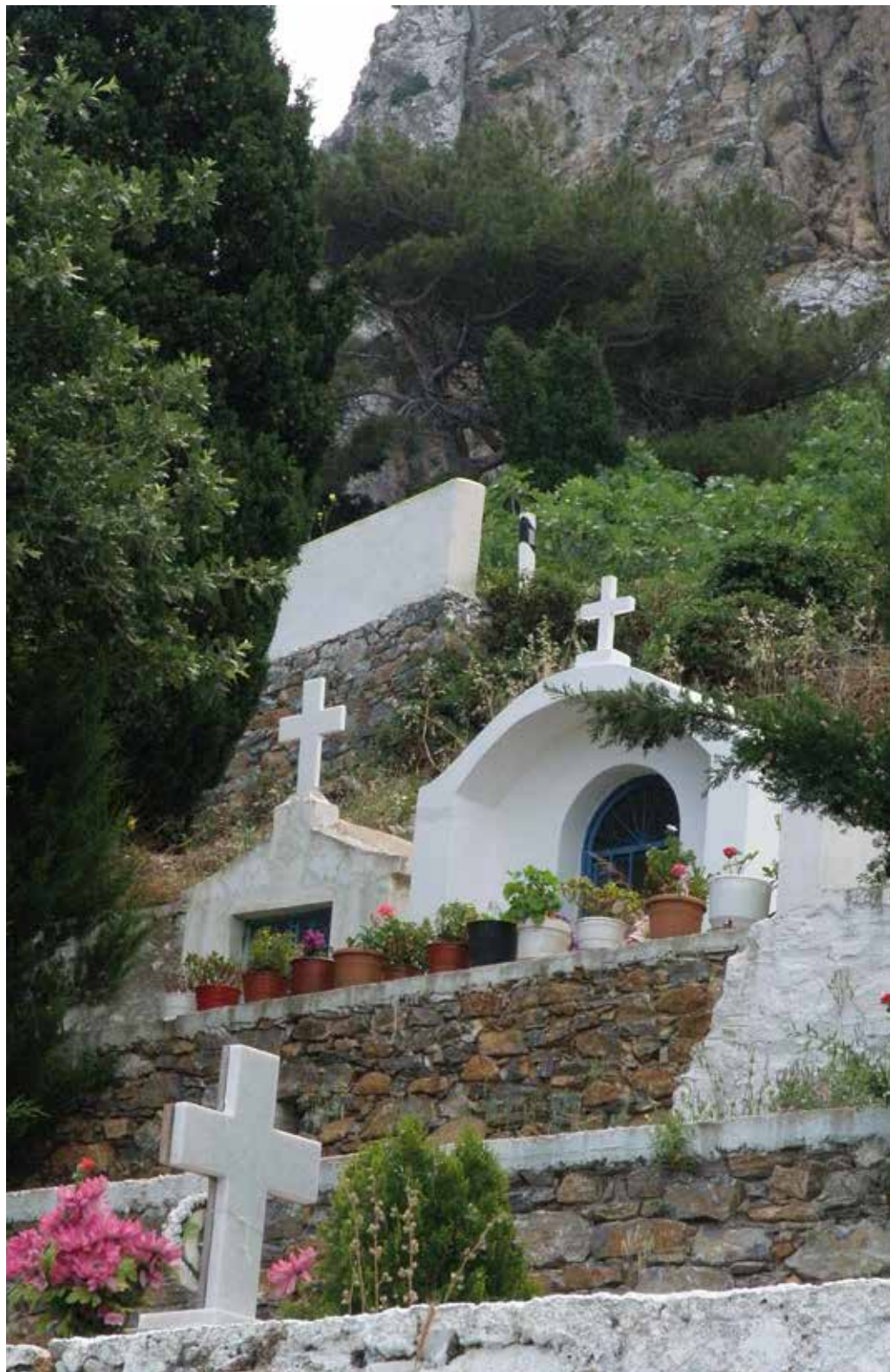
Aegiali



Aegiali



Aegiali



Lakgada

La novela avanza. Hoy, felizmente, me gustó lo vertido en esa pretensión de belleza, y tal vez de trascendencia.

Thoralia y Lakgada (le dicen Langada) son las pequeñas poblaciones que nos miran desde arriba, controlando lo que hacemos y cómo se porta el mar con nosotros. No se acercan, no les gusta mojarse, aunque mirar el agua seguro que sí, a quién no.

Pienso que son ciudades. Deben tener una población de quinientos o menos, pero están ahí, abigarraditas y celosas, desde hace quién sabe cuántos años. Cómo no van a ser ciudades si la gente se aprieta armando un urbanismo montañoso y cálido. Además tienen nombre importantes ¿no les parece?



Lakgada



Lakgada

Aquí todo el mundo sabe que me di un buen palo con la moto. Basta poco para ser noticia. Además un extranjero maduro, grandote y solitario fuera de temporada, por cierto que se nota.

Anoche cuando llegué al restaurante que me niego a abandonar en cada cena (hasta hoy) la muchacha que hace de moza me preguntó cómo estaba. Sonó a cómo se siente. Es claro que ya estaba *aggiornada*. Además con todas las costras que tengo en las manos y las rodillas, y la indisimulable de la trompa (léase labio superior), es imposible no darse cuenta que me di un chapuzón en el asfalto. Lo que sí, de veras ruego a...Apolo, si a Apolo que es un tipo serio y no anda con guirnaldas, que tenga a bien no permitir que se me caiga el incisivo izquierdo, y que no vuelva el desvarío porque, ése sí, es imposible de controlar.

Ojalá pueda recuperarme para salir de nuevo, aunque dudo mucho que me quieran alquilar algo como no sea una ambulancia y con chofer.

Subí hasta Potamos. Está aquí arriba, a dos pasos, y sin embargo es diferente. Se percibe mucho más clara la vida del día a día, eso a lo que nos gusta referirnos como la "vida real". Se ven muchas banderas griegas y chicos jugando sus juegos, bien lejos de la presencia del turista, salvo la mía, que dejan pasar sin más ni más. Hasta me di el gusto de acariciar un burro, parecido al que hice famoso y que está en un cuadro de lana del lejano Irán. Qué pasará entre los burros y yo. Nada que ver con Platero que le valió tanta sorna al pobre Juan Ramón Jiménez. Aunque a decir verdad no sé si no se lo merecía. Bueno, un poco. La cuestión es que en la escuela tuvimos que leerlo. Dios mío, qué mal que empezamos. ¿Quién habrá sido el que lo eligió como libro de texto? Alguno al que no le gustaba la locura infantil.



Potamos



Potamos



Potamos



Potamos



Potamos

El burro de Potamos se mostró atento, no mucho más que eso, y, como era de esperar, lejos de la actitud leal y amorosa de aquél del bazar hecho lana. Pero al menos aceptó mis caricias. Un cura que pasa, ortodoxo por supuesto, aprueba mi actitud con una inclinación de cabeza apenas esbozada y grave.

Potamos mira al mar desde lo alto e insiste en no tener nada con Aegiali, aunque estén tan próximas. Me parece que es lógico porque aquí no hay más vida real que la de los negocios preparados para los viajeros, especialmente los franceses. No hay que olvidar que eligieron esta isla para su famosa película que a mi hermano le gustó tanto, vaya a saber por qué. Eventualmente no quiero imaginármelo, con semejantes inmersiones.



Potamos



Potamos

Anoche tomé un par de cervezas en un sitio que vendría a ser el *Café del Mar* de aquí. Les debo el nombre...tal vez mañana.

Se me acercan para hablar...del accidente...cuándo no.

El encargado vive en el Hotel donde paro, el Gryspos, y está por la temporada. El dueño también se arrima y entabla la charla. Me dice que ya probó en las grandes islas como Mykonos y Creta, pero que después de dar vueltas, se dio cuenta de que éste era su lugar y viene a poner en funcionamiento el negocio por la temporada. Dice que la crisis se nota terriblemente en Atenas pero no tanto en las islas. Dice que los grandes de Europa le van a hacer pagar a Grecia los excesos de los buenos tiempos en que los euros le dieron la ilusión de la riqueza. Es una historia que conozco. Después le comento el problema con los turcos, de cómo están creciendo y de la enemistad con ellos.

Los turcos son nuestros enemigos, dice con serena convicción, y con amargura, el dueño del local. Sabe, como yo, que Grecia se volvió pequeña, y que, para peor, no crece.

Me invita una cerveza, después pido otra por cortesía.

Finalmente me cuenta que el problema aquí son las motos, que él se siente culposo porque le aconsejó a una pareja que alquilase una para recorrer la isla y parece que el accidente que tuvieron fue grave.

Vaya uno a saber.

Hay que consignar que las motos no solo cumplen con la función de hacer conocer la isla a los viajeros, sino que, también, son una fuente de comidillas con

los accidentes de los que son partícipes.

Por ahora no puedo alquilar otra, seguiremos caminando.

Quedan los atardeceres en donde el sol se pone manso y astral (valga el calificativo) entre esta isla y la pequeña lengua de tierra que está enfrente, como si se posara en el muelle de un mar que debería tener otro nombre, o tal vez otro apellido, porque su parentesco con todos los que conozco no es cercano. Este es el mar para toga y filosofías, y sobre todo para amores al aire libre como los de los dioses, pero esto ya lo ha dicho demasiada gente. Vayan mis excusas.



Aegiali



Aegiali

Desde Aegiali hasta Lakgada hay senderos que van a campo traviesa, hacia arriba. Hay matojos, arbustos rudos y fragantes como los de las sierras de Córdoba y esa sensación de sequedad que duele menos. Aquí los nudosos vegetales se crían con esa aspereza y la transitan con una dignidad discreta y expectante. Porque la lluvia rizada va a llegar antes de que sea tarde.

Subo despacio. No sea que la lealtad de este animal que es mi cuerpo flaquee después de las mortificaciones del “palo” con la moto.

Y lo de siempre; esa cosa de la peregrinación que significa andar solo por esta tierra insular. Tierra de blanco, gris y plateado.

Esa experiencia del alma contenida y limitada por el cansancio y la debilidad que provocó haber golpeado al “animal” contra el asfalto.

Lakgada queda de costado y hacia arriba, por ahora... a la vuelta voy a ver cómo es, entre las calles estrechas y las casitas blancas y altas que se miran de cerca todo el tiempo.

Habrán esos viejos, vestidos de oscuro que jamás van a terminar de entender a la gente que viene de afuera, o de adentro de la televisión. Porque no ha de ser gratuito caminar todo el tiempo a tramos cortos hacia arriba o hacia abajo, experimentando ese sentimiento de desnudez que traen el aire diáfano y abierto, y el agua azul, que no deja de abalanzarse desde abajo. Además de la cal y la piedra, y la hoja dura y aromática, y el aceite, y el retsina, y esa cosa de estar siempre limpio que pasa en las Cicladás.

Ahora sigo hasta un monasterio chiquito que está en la cresta del monte, con

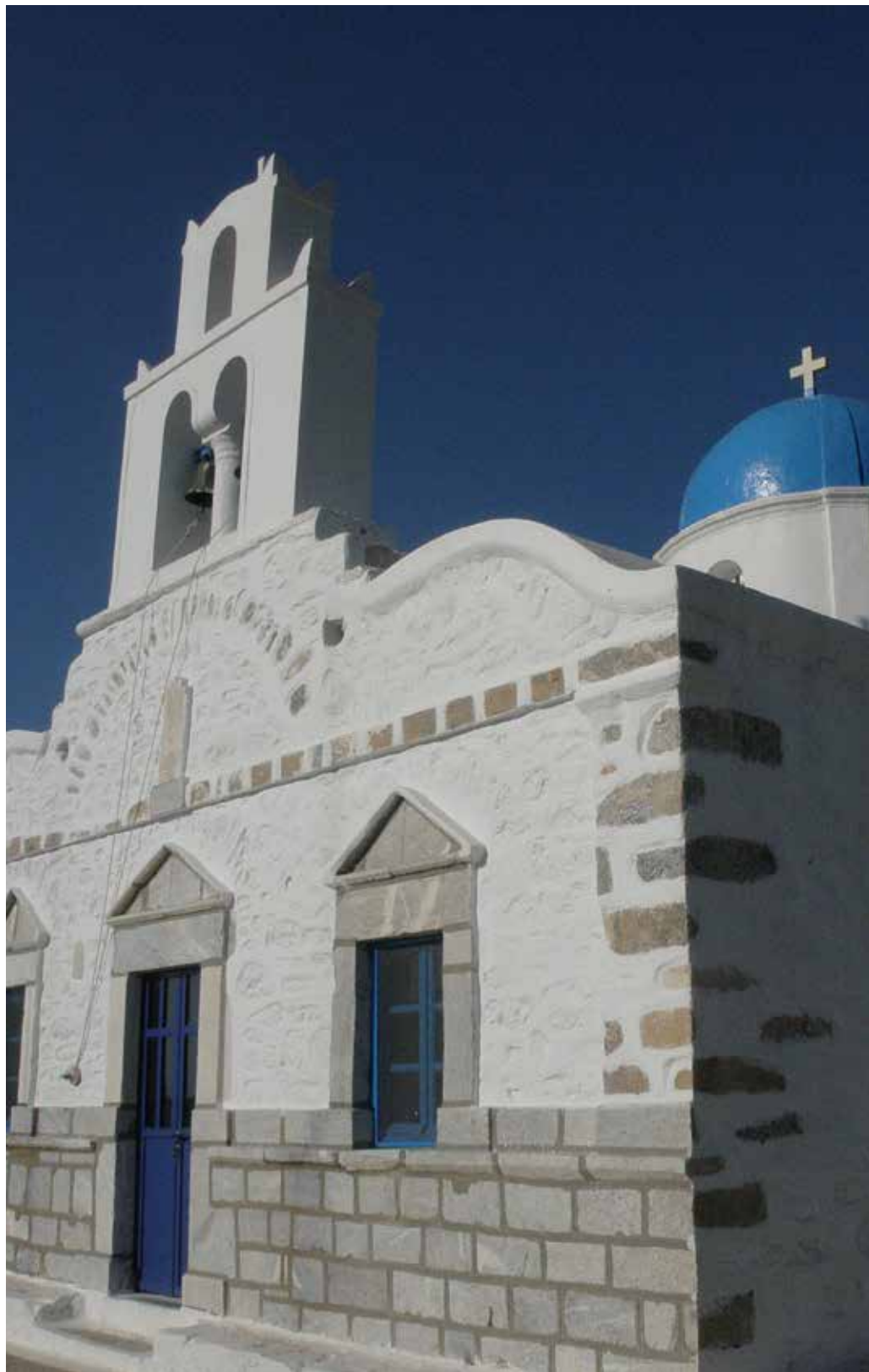
una pierna en cada flanco, y metiendo los pies en el marazul (me permito juntar nombre y apellido para que no haya confusiones).

Al final llego al monasterio (Agios Theologos) que mira hacia ambos lados el mar y al que solo custodian dos gatos sumidos en la indolencia, amodorrados y amorales, como siempre. No se van a mover del cantero que limita el patio.

Yo pruebo abrir la puerta del templo pequeño, pensando en los murales de la película “Mediterráneo”, donde los santos ortodoxos pintados por el soldado tenían la facha de sus camaradas. Está sin cerrojo y me animo a entrar pensando que tal vea sufra una descarga eléctrica, o algo así, por haberme atrevido sin permiso.

Pero no, es un templo. Y es un templo porque siento una súbita gratitud y una calma que bordean la dicha, y entonces hago un saludo igual que el que se hace cuando se entra a uno budista. “Namaste” y le doy gracias al “animal” fiel, al aire, a Abatantuono, a Maradona, a Jean Reno y al bondadoso aireazul que se mete en todos lados.







Ahora solamente digo que a la vuelta, cuando paso por Lakgada de nuevo, hay una plazoleta con un bar comedor bajo una enredadera y un pequeño almacén donde compro bebida. Es para una noche con compañía, el restaurante digo, pero no se ve el marazul.



Lakgada

Kostaras, así se llama. Así se llama el restaurante a donde voy cada noche. Cada noche me digo que tengo que cambiar, que no es cuestión de perderme los otros que también miran al mar con la segura calma de los que saben que siempre va a estar ahí, igual de acerado y benigno.

Pero no, noche a noche siempre al Kostaras porque hay un musaka que “ti la voglio manifestare”. Porque me sirven el retsina dentro de una jarrita metálica que duplica su frescura. Y porque la moza es linda y siempre me pregunta cómo me siento.

Se acerca el dueño, ancho, aún joven, moreno y avasallante, como tantos aquí.

“Le gusta este comedor, ¿eh? Dice con una sonrisa satisfecha y socarrona.

Qué te parece, Vengo cada noche desde que llegué, le contesto con otra sonrisa cómplice.

Se retira contento.

Ya ven, seguiré comiendo en el Kostaras hasta que me vaya.

Todo muy agradable menos las subida al Gryspos, escoriado y todavía un poco vacilante y débil.

Lo dijimos, viajar solo es una intimidad con el cuerpo...y su fragilidad precisa.

Me voy a Tholaria. Hace mucho calor. Camino detrás de la playa de Aegiali, a espaldas de unas casas que comienzan a olvidarse del mar y a tener ese aire despojado de barrio. No son más de diez o doce pero se las ve más atentas a sus propios jardines que al universo azul donde reina Poseidón.

Subo por el asfalto hasta que encuentro un sendero de hierba y piedra cercado por algunos olivares mínimos que duermen la siesta.

Un techo viejo y seco, casas impasibles, algún bar, un negocio indolente de artesanías hippies y alguna turista retirada y poco sensual. Una vista al mar desde los contrafuertes donde termina la ciudad, y no mucho más que la aburrida desidia con la que pasa la tarde. Qué bueno que no reservé hotel aquí, tan lejos del mar y de las ganas.



Tholaria



Tholaria

Hay una señora que me mira desde su mínimo balcón y que parece alucinar una “vuelta del perro” que no va a ocurrir nunca...o tal vez sí, a paso moroso y vacío entre las callejas que hacen el circuito anárquico de esta Tholaria.

Cuando vuelvo a Aegiali, después de haber bajado por el antipático asfalto pero con el mar debajo, por suerte, veo un flaco de edad que lleva la compra.

No es del lugar.

Me pregunto, mientras cruzo la cañada de Aegiali por un puente, cuánto en común tenemos, y si estará haciendo trabajar el espíritu como yo.

Como de costumbre prefiero dejarlo allí, en el misterio de las cosas que nunca cuajan.

Gente sube, gente baja.

En cada isla.

A veces los muelles parecen minúsculos para semejante armatoste flotante que no ceja en intentar ser ágil, sobre todo cuando gira sobre sí mismo para arrimarse a las amarras.

Islas por donde volaron los dioses con sus pasiones y sus alegorías. Islas donde pasaron los soldados de lanzas que se alargaron hasta la plétora. Islas donde se cultivan las cepas de la aceituna para asegurar la excelencia del aceite. Cabras y pastores, y en alguna, Dionisos a los saltos con sus chicas.



Atenas

No queda nada en la Acrópolis, Señores no vayan, no hay casi nada que ver, se llevaron todo ...para restaurarlo. Hum...

Queda el noble esqueleto del Partenón y el del templo de Atena y el del Erektion...Esqueletos vacíos, parecen saqueados, aún más que hace, ¿cuántos?, 27 digamos...digamos años.

Bueno, está bien, hay que ir, por lo menos para imaginarse la grandeza blanca más gloriosa que se haya vislumbrado, y para acordarse de que treinta mil por cuatro o cinco generaciones, se ocuparon de toda el sistema para ver el mundo y sus alrededores.

Cuánto tiempo tendrían entonces, cuánto dinero. ¡Cuántas inquisiciones!
Y cuántas luminosas epifanías. Hay que recordar que “el sol tiene un país: Grecia”.

A la noche aquí se olvidan de la crisis y conversan mientras beben cerveza y vino en Exarchia, y después se van a comer al aire libre cosas de la parrilla, la hornalla, el mar y el sol.

¿Vamos a bailar con Zorba?

Atenas está fea. Crecida con esos edificios donde la eficiencia quitó el carácter, también comunes en nuestra Argentina. Tal vez éstos sean más básicos, un poco al modo de Ankara, pero de más años.

Atenas tiene sus calles principales con muchos mercados donde se ofrecen mercancías al por mayor. Algo vulgares. Ya se percibe el comercio que tanto dibuja en las ciudades del oriente.

Atenas no está bella, está más bien triste, aún con su Sintagma y sus boliches.

Quizás los fuertes griegos reconozcan que están envejeciendo. Quizás les duela la fantasía de extinguirse por segunda vez. Aunque nada de eso vaya a suceder. Esto que digo es más una declaración de amistad que una certidumbre. De cualquier manera, “aguante Atenas”.

¿Vamos a bailar con Zorba?

Sería lo ideal, *porque yo mañana paso a Barcelona*.

Lo digo esta noche, sentado en la Rosalía de Exarchia. Pensando en la fugacidad del momento y en las fantasías de los recuerdos. Pensando en que las cosas adquieren cuerpo cierto cuando las confirman más de dos ojos.

Por ahora sólo hay dos: los míos. Tal vez dentro de un tiempo se me ocurra asegurarme de que “esto *fue así*”. En unos meses, cuando vuelva.

“La lluvia es algo que acontece en el pasado”. Ya *es así*, me digo, mientras ceno con la jarrita de la frescura enfrente. Y los otros que ríen y hablan bajo la noche pulcra y blanda de Grecia.

Mañana nos vamos, esos seres que son mis recuerdos y yo, que sigo con alguna escoriación, y el incisivo que empieza a decirme que, graciosamente, se va a quedar dónde está.

Mañana paso a Barcelona.

“Y adiós a ayer. Y todo el mundo a lo que hay que hacer”

Cada partícula guarda toda la historia del universo.

Hay un espectro, un poco bronceado, sentado a la mesa, en la noche plácida y temprana de Atenas, que observa lo que pasa alrededor y adentro.

El espectro, al que quizás le gustaban las motos, registra la levedad del aire, el tono de voz de los hombres en las mesas contiguas, dos mujeres jóvenes que pasean su redonda belleza, las veredas raídas y oscuras, la confianza de un perro que cruza habituado al bullicio y a la perspectiva de un bocado que puedan soltarle.

También se ocupa de verse a sí mismo, allí, sentado a la mesa, en su condición de espectro hambriento, bien capaz de disfrutar de las berenjenas y los zucchinis.

Crea el mundo circular del instante. Es un demiurgo urbano puesto a reconocer el momento que ha de permanecer siempre vespertino y cálido.

Está solo, y sabe que ese mundo momentáneo podría crecer y multiplicarse si hubiera otro duende ocupado de establecer plurales.

Cuatro ojos ven más que el doble de dos, se dice. Y la potencia de crear el mundo se multiplica hasta ... ¿el infinito? cuando se establecen los plurales.

De compartir se trata. Del incierto intento de transferir vivencias, de la necesidad del otro para que las cosas sean, aún a riesgo de cambiarlas.

El espectro necesita el diálogo silencioso, renovado y constante. Tiene que decir que está allí, que siempre va a estar en ese fulgor. Y quiere que otro duende sepa de él para confirmarlo, para confirmarse. Va a contar lo que cree que le pasa.

Tratará de ser amigable. Busca difundir la alegría poniendo en palabras su alrededor y su adentro, aún a sabiendas de que, tal vez, son nombres de la misma cosa.

Tiene ganas. Lo necesita.

El espectro necesita de otro espectro, de otros ojos, para volverse más humano.